

PASIONES
Y
UTOPIAS
NOVELA

RICARDO STUARDO FUENTEALBA



SIMPLEMENTE
EDITORES

© de los textos: Ricardo Stuardo Fuentealba
© De esta edición:
Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.
Príncipe de Gales 5921 oficina 910
Teléfono: 56 2 2752 0057
www.simplementeeditores.cl
contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual:
ISBN: 978956886536-8

Diseño y diagramación:

Sergio Cruz

Fotografía del autor:

Jaime Acuña

Impreso en:

Dimacofi
Febrero, 2016

Ch863

S929p Stuardo, Ricardo, 1944-.

Pasiones y Utopías/Ricardo Stuardo. –

1a. ed. –

Santiago de Chile : Simplemente Editores, 2016.

276 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-36-8

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

PASIONES
Y
UTOPIAS
NOVELA

RICARDO STUARDO FUENTEALBA



a Aniushka

Agradecimientos

*A los abogados: Juan Banderas Casanova,
Jaime Mellado Arce y Fernando Sibilla Olivares*

*A los Doctores Flora de la Barra Mac Donald
y Patricio Silva Rojas*

*A Don Germán Rojas Olivares, Encargado Cultural de la
Municipalidad de La Cisterna*

*Y en especial a mi amigo Pablo de Carolis,
cómplice de esta aventura.*

1

Imposible quedarme dormido. Una y mil veces la misma pregunta: ¿Qué me quiso decir María Ignacia con aquello de: “tengo algo que proponerte”? Primera vez que salíamos juntos y no éramos amigos. Además, ese beso de despedida en la comisura de mis labios.

Se había reintegrado a la universidad hacía dos años y coincidíamos en algunas cátedras, pero fuera de decirnos “hola”, nada más. Perdón, olvidaba que el año anterior, con ella y otros veinte compañeros habíamos representado a nuestro curso en la Velada Bufo protagonizando un sketch sobre La Justicia en la Prehistoria, una sátira en la que yo imitaba al decano Eugenio Velasco. ¡Claro! Esa vez tendremos que habernos dicho algo en los ensayos. Nos disfrazamos con pieles; mi vestimenta era un abrigo negro de mujer puesto al revés y un casco de motociclista—el decano, además de académico, era corredor de automóviles— y todas las mujeres de nuestro espectáculo usaban un vestuario que dejaba entrever hombros y piernas. Fuimos muy aplaudidos y, en camarines, discutimos largamente dónde festejar la humorada, decidiéndonos al final por la Fuente Alemana. No recuerdo si ella estuvo con nosotros.

También señaló que me lo diría “mañana” en el casino al término de clases. Y ese mañana era la madrugada de hoy viernes 28 de noviembre de 1969, fecha en que se inicia el receso previo al período de exámenes.

El teatro Princesa no es el lugar más apropiado para una primera cita y menos considerando que el Picaresque es una compañía frívola de revistas reconocida por su audacia. Jamás se me habría ocurrido invitarla si no hubiera sido por Mireya, una amiga común y quien, como varios otros, me había acompañado a presenciar ese programa gracias a una credencial que me permitía libre asistencia con otra persona.

–¿Te gustaría ir al Picaresque con María Ignacia Benítez? –me dijo.

–¡Cómo se te ocurre, si apenas la conozco! –le contesté.

–Mira, esto es absolutamente confidencial. Jamás te lo he dicho, pero ella me ha preguntado varias veces por ti y lo que haces. No le eres indiferente.

–Bueno, si es a través tuyo.

Un hormigueo recorrió mi cuerpo. María Ignacia está en el imaginario de los varones del curso. Con su pelo castaño y trenzado hasta la cintura, sobresale a la distancia y al pasar resguardada por sus anteojos oscuros, que solo se saca en clases, nos saluda con una leve sonrisa. La sentimos distante, pero eso contribuye a aumentar nuestra admiración. Es cautivante verla caminar con su dorso erguido y dispuesto al vuelo, como deslizándose en la punta de sus pies. Cuando tuve la oportunidad y sin que lo notara, admiré sus ojos color miel y cuerpo bien proporcionado, como tallado a mano. Su aura de misterio y sensualidad propicia cuchicheos femeninos y codicia masculina. Su única cercana y al parecer confidente es Mireya, a quien en una ocasión, le pregunté. Respondió escuetamente: “solo te puedo decir que está separada y tiene un niño de ocho años”.

Me daba vueltas en mi cama sin lograr respuesta a tanta interrogante. Nos habíamos encontrado en la Plaza Italia y de ahí caminamos hasta la primera cuadra de Recoleta donde queda el teatro Princesa. Con la credencial obtuvimos la ubicación acostumbrada en primera fila. Yo en punta y banca por mis largas piernas y porque el desfile de esculturales mujeres en “el concurso internacional de striptease”, terminaría con la musa de mis sueños, una morena exuberante que me ubicaba perfectamente. Había concurrido para verla todos los jueves de este año y como desde hacía algún tiempo, incluyó en su rutina un guiño coquetón. ¿Se habría dado cuenta de ello María Ignacia? Un par de veces le había enviado flores a su

camerino. La leyenda críptica decía: “Un admirador estudiante de derecho”. Sonreí al pensar en esa curiosa competencia. Una mujer fascinante a pocos metros de distancia, insinuante y provocativa, en su trabajo; la otra, a mi lado, igualmente bella y atractiva, aunque sin demostrar emoción alguna. Dos amores imposibles. Como lo había sido Romy Schneider y su Sissi en mis años adolescentes.

María Ignacia no entendía el lenguaje utilizado por los humoristas. Eso de “andaba con una piedra de este porte”, o “lo mío no era una piedra, era una roca”, le era ininteligible, y oficié de traductor, lo cual resultó complejo, porque el léxico de reemplazo era difícil de encontrar y además no nos teníamos confianza. Ella se demoraba en reaccionar. Cuando se inició el concurso de striptease, hermosas mujeres seleccionadas por su cuerpo y sensualidad se desplazaron sinuosas en el escenario. El silencio dominaba la platea; sin querer mi rodilla rozó la de María Ignacia y una sensación parecida a un golpe eléctrico me sobresaltó. Pensaba que solo la curiosidad había gatillado su interés por presenciar el programa y yo era simplemente la llave de apertura a esa puerta desconocida.

La función terminó pasadas las diez de la noche. Pidió tomarme del brazo y nos fuimos caminando por Avenida Santa María hacia el oriente donde está nuestra Escuela de Derecho. En la calle, un cuidador conocido resguardaba su auto. A fines de noviembre, como en todo el verano, es una delicia pasear en la noche por la capital con su grata temperatura ambiental. En esta ocasión intentaba avanzar lentamente por aquella ruta entre el río y el parque José Domingo Gómez Rojas. La naciente luna llena y las titilantes estrellas nos regalaban un marco escenográfico propicio para que ese trayecto tuviera los ribetes románticos de una auspiciosa primera salida. Ella había utilizado un vestido pantalón de seda celeste con tirantes que dejaban ver